

George Fisher

OCTAVIO HERRERA PÉREZ

QUINTA COLUMNA DEL DESGARRAMIENTO TERRITORIAL DE MÉXICO EN EL SIGLO XIX

En todos los conflictos bélicos suele existir un sector de la población que mantiene ciertas lealtades con el bando opuesto, siendo estas reales o de percepción, basadas en distintos motivos, que pueden ser ideológicos, religiosos, étnicos u otros; una expresión atribuida por cierto al general franquista Emilio Mola durante la Guerra Civil española. Tal es el significado de “Quinta columna”, cuya deslealtad les puede llevar a colaborar de distintas formas con el enemigo. Los casos de estas actitudes, que al final adquieren un poderoso posicionamiento político, al desalentar el esfuerzo conjunto de uno de los bandos en favor del opuesto, pueden ejemplificarse históricamente en numerosos casos en todo el mundo. En el caso de México tampoco ha sido infrecuente este tipo de manifestación política, y lo hemos visto recurrentemente a lo largo del tiempo, desde nuestro origen como país independiente hasta el presente. La lista de ejemplos sería numerosa, en la que destacan la apatía o la franca traición que caracterizó las dos grandes intervenciones extranjeras que nuestro país ha padecido: en el primer caso durante la intervención americana, que con desgano social se combatió a los invasores; en el segundo, la intervención francesa, porque una parte importante de la elite política nacional y sus clientelas estuvieron francamente a favor de hipotecar y tutelar al país ante un gobierno foráneo.



Retrato de George Fisher

Pues bien, dicho lo anterior quiero adentrarme a efectuar un esbozo de un singular ejemplo de Quinta columna ocurrido en nuestro país en una época previa a esos dos eventos, pero que al final contribuyó a los propósitos del expansionismo norteamericano. Me refiero a la figura de George Fisher, un individuo con una relampagueante y aguda participación durante el proceso de la conformación de la frontera entre México y Estados Unidos, en la que utilizó armas de gran poder letal: la pluma, las palabras y la imprenta.



Escena de la primera rebelión serbia contra el Imperio Otomano, que tuvo lugar a inicios del siglo XIX. En ese momento, todos los Balcanes se encontraban bajo el dominio de los turcos, por lo que la nación serbia, a la que pertenecía George Fisher, inició un proceso de independencia, que lograría hasta muchos años más tarde.

Un inmigrante singular

Fisher nació en Hungría en 1795, llevando un nombre de pila de origen serbio, Djordje Ribar, por ser ese el tronco familiar de procedencia, siendo parte de un grupo étnico refugiado dentro del imperio Austro-Húngaro. Participó en la fracasada revolución serbia contra el imperio Otomano que ocupaban Serbia, que al ser derrotada lo obligó a emigrar a Estados Unidos, donde “americanizó” su nombre. Allí permaneció probando suerte para sostenerse, hasta que en 1825 se desplazó hacia México, donde por su proclividad a las actividades políticas de intriga, se vinculó a la logia masónica del rito yorquino, la misma que había promovido su creación Joel Roberts Poinsett, el primer ministro plenipotenciario estadounidense en el país.

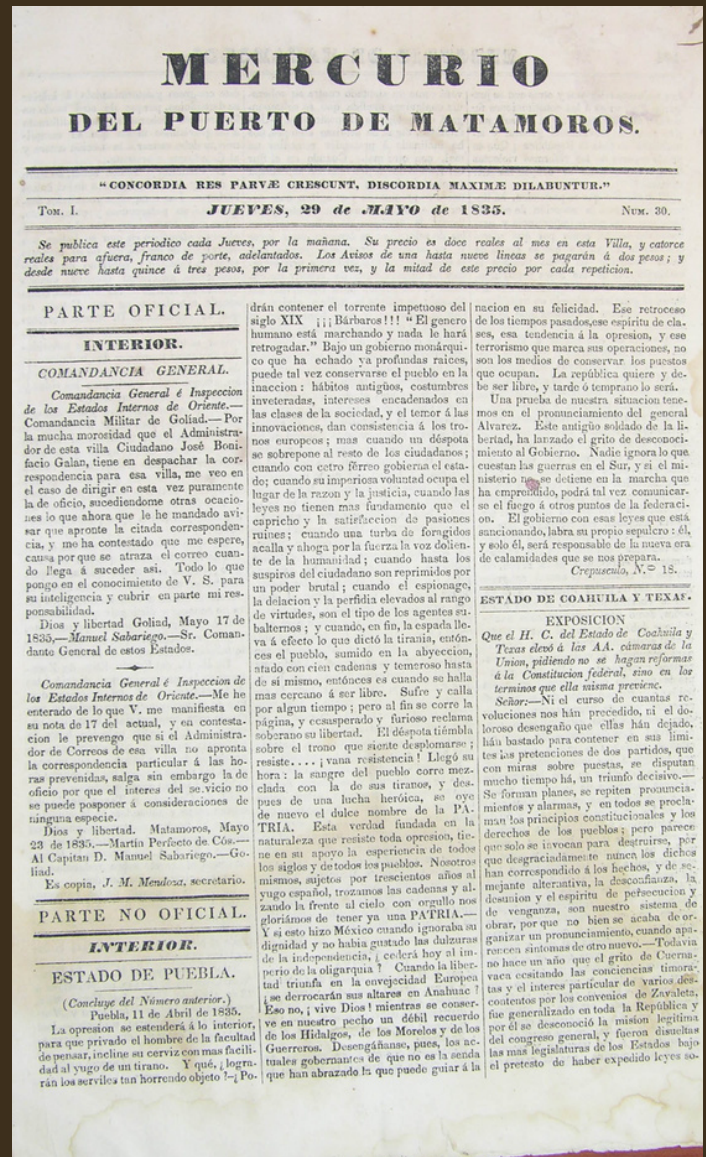
Y ya enterado del proceso de colonización extranjera que estaba ocurriendo en Texas, intentó convertirse en empresario especulador de tierras, pero eso no era su fuerte. Entonces se promovió para servir al ministerio de hacienda, consiguiendo actuar brevemente como administrador de la aduana de Galveston, pero al ser cancelada por el general Manuel Mier y Terán en 1830, ocupó el cargo de secretario en el ayuntamiento de San Felipe, cabecera de la colonia establecida a orillas del río Brazos por Esteban Austin. Al poco tiempo volvió a ser reinstalado como funcionario aduanal, pero durante los primeros conflictos con los colonos angloamericanos producidos en el pueblo de Anáhuac, Fisher pasó a radicar a Matamoros.



El Mercurio del Puerto de Matamoros

Establecido en esta vibrante e inédita ciudad mercantil de Tamaulipas, Fisher se procuró un trabajo como traductor en varias lenguas extranjeras, autorizado oficialmente por el gobierno del estado, una actividad con gran demanda en la elaboración de los trámites consulares y arancelarios para las operaciones ligadas al comercio exterior, que bullía en ese momento, precisamente durante el primer lustro de los años treinta, cuando la aduana marítima de Matamoros reportaba ingresos anuales por encima del millón de pesos, además de soportar los crecidos gastos de manutención de las fuerzas armadas acantonadas en la región.

Pero donde Fisher dejó una huella indeleble, como lo es la tinta impresa, fue el convertirse en el editor del periódico "El Mercurio del Puerto de Matamoros", teniendo como jefe de taller e impresor al escocés Juan Southwell. El tiraje de este medio de prensa comenzó a divulgarse en el segundo semestre de 1834, dominando el escenario de la opinión pública, y cuya línea editorial se basaba en el enfoque ideológico federalista. El problema fue que para ese momento la república federal estaba al borde del colapso y las tendencias centralizadoras del poder en el país estaban en marcha, apuntaladas por las armas del ejército y la bendición de la iglesia y las oligarquías mercantiles agrupadas en torno a los almaceneros de la Ciudad de México; y para tal propósito contaban con un paladín: Antonio López de Santa Anna. Y a pesar de navegar contracorriente, Fisher no bajó la guardia, pero las circunstancias adversas contra él se multiplicaban, ya que mostró simpatía por la rebelión de los colonos texanos.



Portada de un ejemplar del periódico "El Mercurio del Puerto de Matamoros", editado por George Fisher, con el apoyo del impresor Juan Southwell. Comenzó su publicación en 1834, y aunque Fisher fue expulsado del país al año siguiente, el periódico se mantuvo en circulación hasta 1838. Fue el medio de prensa que cubrió el período de la independencia de Texas.

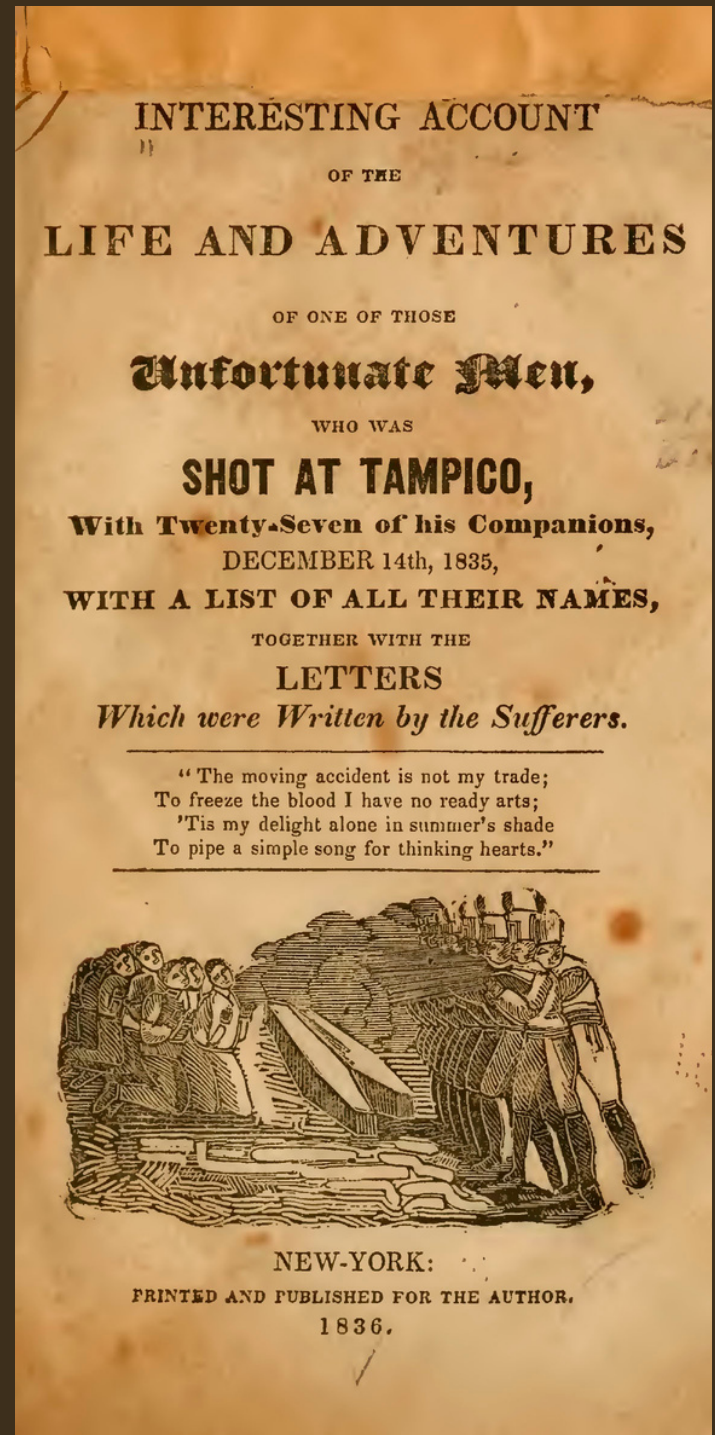




Esto irritó notablemente al gobierno y particularmente al ejército, por lo que a mediados de 1835 fue declarado como personan non grata y expulsado del país, siendo inútil el que se resistiera a esa decisión.

La falacia de la República del Río Grande

A su salida del país Fisher se dirigió a Nueva Orleans, que para entonces era refugio de algunos federalistas declarados, como Valentín Gómez Farías, a quien debió conocer en Matamoros cuando ambos iban camino a la Luisiana. Y aún se ligó con el general José Antonio Mexía, a quien sirvió de secretario en la organización de una expedición cuyo objetivo era atacar el puerto de Tampico y así favorecer la causa de los colonos de Texas a los que se consideraba entonces que peleaban por el retorno de la Constitución de 1824; sin embargo, esta expedición fracasó estrepitosamente al llegar a la boca del Pánuco, siendo ejecutados sus participantes como piratas y Mexía apenas pudo escapar. En tanto la situación en Texas dio un giro inesperado, cuando la incompetencia militar de Santa Anna lo hizo caer en una ratonera y acabar prisionero; pero lo peor fue que, para salvar su pellejo, ordenó a su segundo al mando, Vicente Filisola, que replegara al grueso del ejército hacia la línea del Bravo, y éste obedeció, cuando pudo haber continuado en la extinción de la rebelión de los colonos, por encima de la vida de un solo individuo. Para 1837, Fisher se encaminó a la flamante república de Texas y se dedicó a comisionista mercantil en la naciente comunidad de Houston, donde también sirvió como juez de paz y participó en el consejo de la ciudad en 1840, a la vez que presidió la Unión Alemana, establecida ese mismo año.

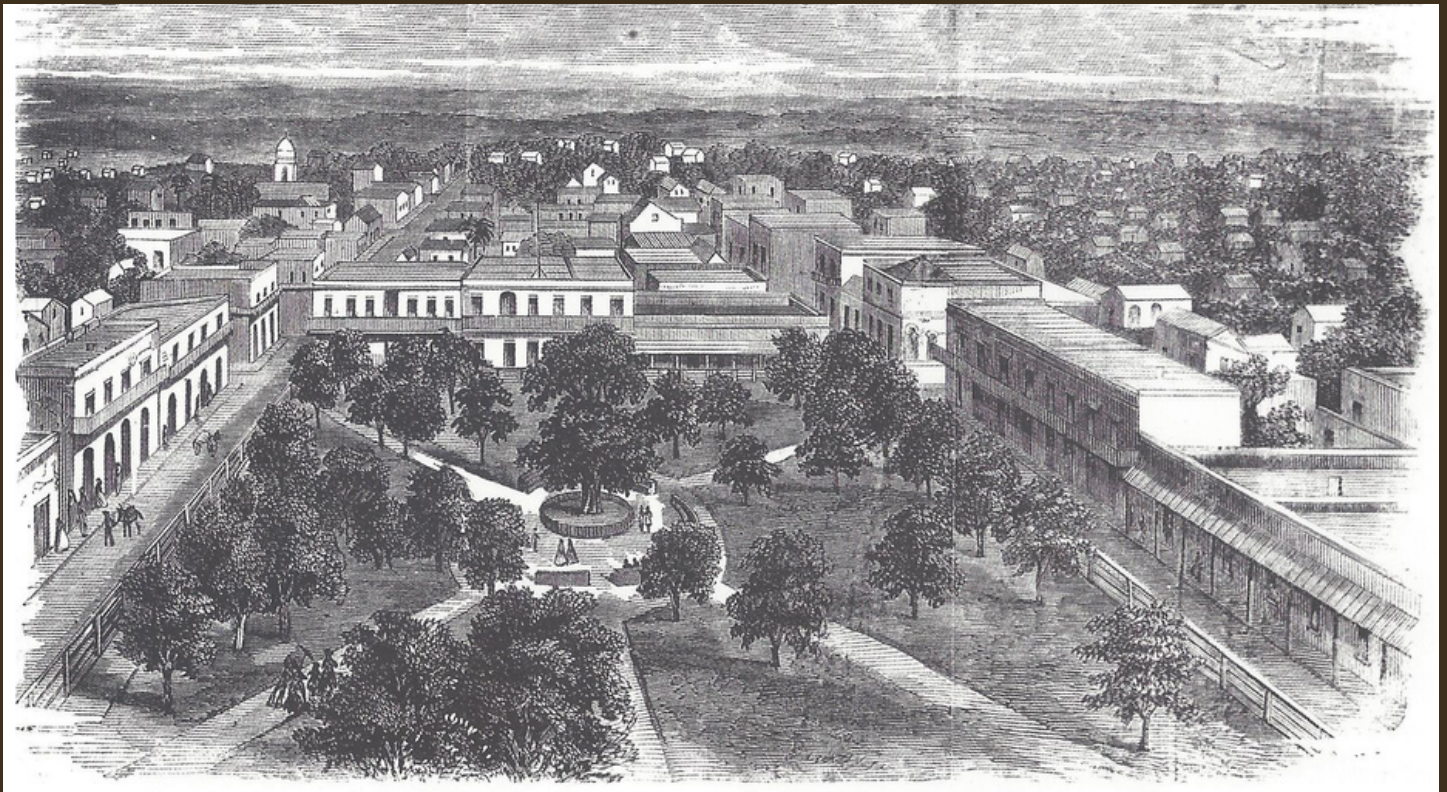


Panfleto en el que se relata las experiencias de la fracasada expedición contra Tampico en 1835, encabezada por el general José Antonio Mexía. Su intención era ser parte de la resistencia contra el centralismo en México, pero a la vez se le hacía un servicio a los colonos angloamericanos que estaban ya en el proceso de independizar a Texas.



Para ese momento estaba muy al tanto de la agitación federalista que estaba convulsionando a México y muy especialmente se interesó en el curso que tomaba el movimiento que tenía lugar en el noreste mexicano, cuyos líderes, entre los que se contaba al licenciado Antonio Canales Rosillo y el general Juan Pablo Anaya, recibieron trato de beligerantes externos en Texas, con autorización para adquirir armas y contratar mercenarios, siempre y cuando fueran para combatir al gobierno centralista mexicano; con ello Texas alejaba el peligro de una reconquista mexicana. Fue entonces que Fisher hizo eco de un concepto acuñado en Nueva Orleans por el editor Orazio de Attellis Santangelo, otro extranjero expulsado dos veces de México por sus críticas al gobierno, quien consideró que los rebeldes fronterizos lo que querían era crear la “República del Río Grande”, a semejanza de

Texas. Esta idea propagandística arraigó profundamente, desprestigiando al movimiento que tenía lugar en esa región, donde los rebeldes formaron en realidad el Gobierno Provisional de los Estados de Oriente, sustentado en la Constitución de 1824. Demostraron así cuál era realmente su posición política, lo que, unido a su capacidad militar, les permitió transigir a fines de 1840 la pacificación de la frontera en condiciones favorables. Sin embargo, el fantasma del separatismo y de los pretextos para que ocurriera una nueva mutilación del territorio mexicano – como la mentada República de la Sierra Madre– no cesó hasta bien entrado el siglo XX. En eso tuvo que ver mucho el abono que procuró con ahínco el Quinto columna George Fisher.



La plaza de Matamoros, que en 1835 adquirió el rango de ciudad, en virtud del rápido desarrollo urbano que logró en apenas una década, como consecuencia del movimiento portuario. (New York Public Library)

El señor cónsul

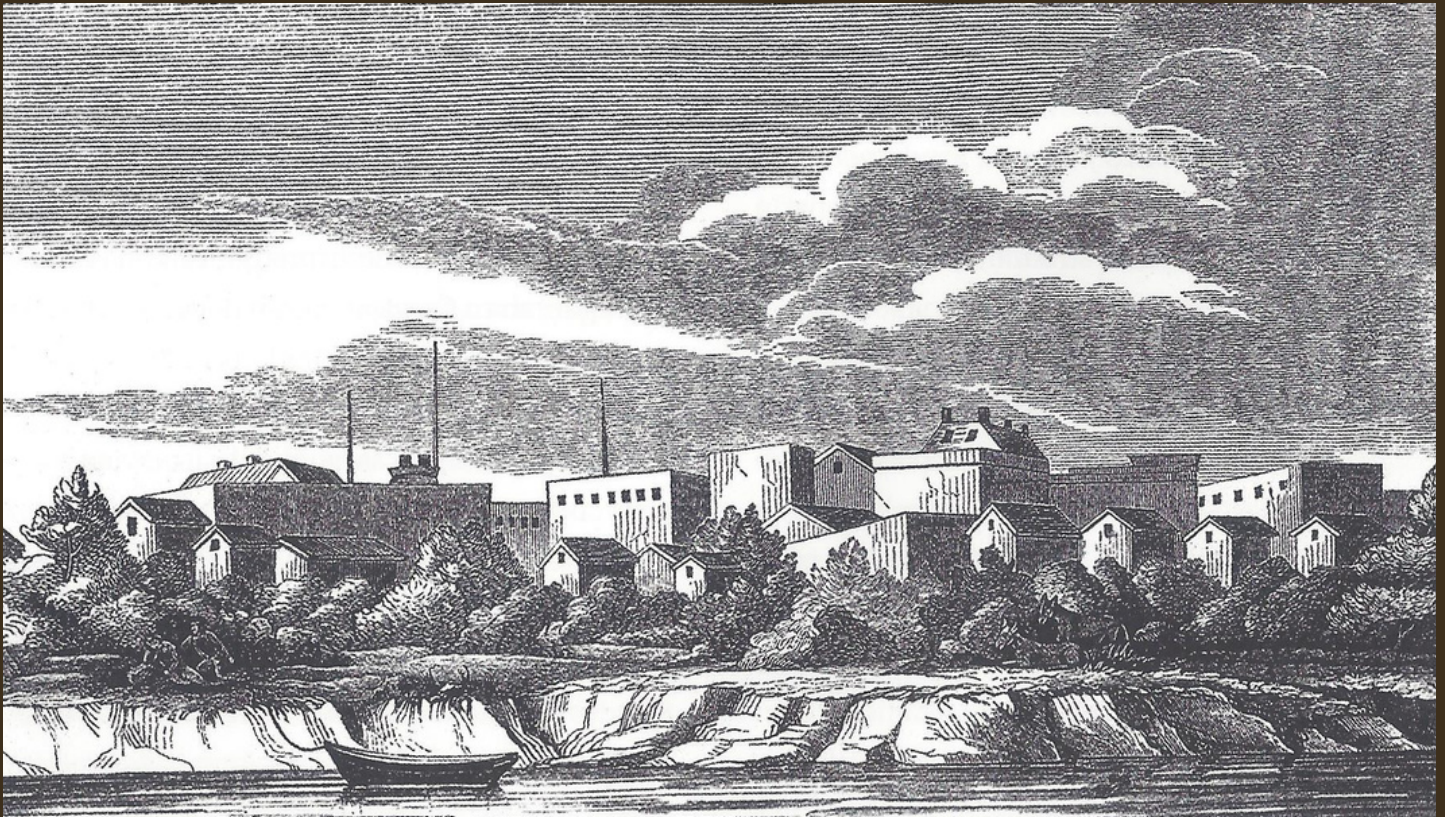


Fisher sirvió también como oficial de una brigada de milicias en Texas, ya francamente adherido al proyecto de la República de Texas, a cuyo gobierno ayudaba a traducir textos del español, lo que era una de sus habilidades lingüísticas.

Al conocerse la “fiebre del oro” en California, hacia allá se enfiló en 1850, con una escala de un año en Panamá, que era la vía para hacer el viaje, por mar, puesto que por tierra era casi imposible o muy peligroso, porque aún no estaba abierto el Oeste norteamericano, donde abundaban los indios belicosos de las praderas. Ya en San Francisco y por sus vínculos con los Balcanes, fue designado cónsul

de Grecia, lo que desempeñó por una década. Y como escritor, consiente de la trascendencia de la palabra escrita, donó al estado de Texas su biblioteca y papeles, como también entregó una reseña de sus actividades a favor de la causa texana al establecerse la Harris County Historical Society, con sede en Houston. En nuestra ciudad queda la huella de este personaje en la colección del periódico “El Mercurio del Puerto de Matamoras”, que se conserva en la sección de Hemeroteca del Archivo Histórico situado en la Casamata. Fisher murió en San Francisco en 1873.

Publicado en el periódico Contacto, de la Heroica Matamoras, marzo 24 de 2018.



Vista de Matamoros desde la otra orilla del Bravo. Se aprecia lo bien construida que estaba la ciudad, con numerosos edificios de ladrillo, de dos plantas, cubierta de viguería importada y herrajes también extranjeros. (New York Public Library)